Farsas y negociaciones para formar gobierno

La constitución del 78 ya dejó de resultar operativa, no sólo había perdido la legitimad, desde que empezaran los procesos destituyentes del 15M y las mareas, sino que resultó desbordada, del todo, cuando se explicitó la falta de soberanía nacional. Nos referimos a la reforma de art 135 de la constitución, al TTiP y también al euro, que es la forma por la que el neoliberalismo ha apuntalado su hegemonía en la Europa occidental.

Ahora se abre la denominada Segunda Transición, que se refiere a las similitudes históricas con la primera (sobre todo en lo referente a la crisis de régimen), entrecruzadas con diferencias tales como que en 1978 el nivel de violencia política y de miedo, así como la protesta social, resultaban más importantes que en la actualidad, cuando parece que nos hemos quedado esperando que, por esta vez, se incumpla la ley de hierro de las instituciones (teorizada, en la ciencia política, por Michels), que resumiendo viene a decir que el cambio social es institucionalizado, por los partidos, en meras reformas que no responden a las demandas y necesidades de los de abajo. Pasó con el movimiento ecologista en Alemania, o los partidos comunistas y su "compromiso histórico", ahora invocado por Pablo Iglesias. Pero las señales apuntan a que la tal regularidad histórica, al menos concerniente a los sistemas políticos europeos, puede volver a cumplirse.

El término de la Segunda Transición se refiere, también, a que las estructuras del sistema político requieren de una reforma, al igual que la constitución zombie del 78. Aquí, la diferencia con la "primera" fase transicional, podría verse en

que el neoliberalismo no ostentaba una hegemonía tan asentada, de ahí que incluso se hicieran algunas concesiones al PCE, que aparecen escritas en la carta magna del 78, pero que carecen de contenido. Si la historia se repite dos veces, ya saben, primera como tragedia y después como farsa.

Asistimos a la farsa de las negociaciones para formar gobierno cuando, en realidad, y como recordaba Manolo Monereo, con quien están negociando PSOE y Ciudadanos es con los poderes económicos (con quienes tienen influencia en los flujos de la sociedad-red), y si consiguen agradar con sus proyectos reformistas, cosméticos, que apuntalarán sin duda la estrategia neoliberal que en breve volverá a sacudir España, si agrada a los de arriba, entonces el PP puede decir adiós porque los medios de comunicación de régimen presionarán mucho para que el PP se abstenga, y permitir así el gobierno de PSOE y Ciudadanos que, en las medidas sustanciales, podría llegar al acuerdo con los conservadores. Así, la reforma constitucional dejaría en, en esta hipotético caso, una situación muy complicada para Podemos.

Pluralismo en circuito cerrado y propaganda por el hecho

No sé si el concepto de «pluralismo en circuito cerrado» disfruta de algún crédito académico. En el empleo que yo le doy remite a un sinfín de fórmulas en virtud de las cuales se genera una apariencia de pluralismo que esconde, premeditadamente, una realidad bien distinta: la del acallamiento manifiesto de aquellas opiniones que, por las

razones que fueren, no interesan. Permítaseme que proponga tres ejemplos de lo que entiendo que es el pluralismo en circuito cerrado.

El primero remite a algo que ocurrió hace unos años. Recuerdo que en 2003, al calor de la agresión militar de Estados Unidos en Iraq, adquirió innegable fama el entonces secretario de Estado norteamericano, Colin Powell. Los medios de incomunicación estadounidenses –y, por extensión, claro, los nuestros- retrataron en Powell, un hombre de color hecho a sí mismo, a una figura moderada y reflexiva que contrastaba con la agresividad, las ínfulas militaristas y la irracionalidad que acompañaban a Bush hijo, a Cheney o a Rumsfeld. Olvidaban subrayar, eso sí, que Powell, el policía bueno, era responsable principal de la intervención militar en Iraq. Así las cosas, parecía como si se nos obligase a elegir entre la codicia petrolera de Bush y la aséptica tranquilidad de su subordinado Powell, en franco olvido de que ambos, en sustancia, defendían lo mismo. En el planeta no había otras opciones.

El segundo ejemplo que quiero adelantar es el que ofrecen los integrantes de esa genuina plaga contemporánea que son los tertulianos de radios y televisiones. En una primera aproximación nadie se atreverá a afirmar que en las tertulias al uso no hay confrontación: a menudo lo único que parece haber es, antes bien, una colisión franca entre figuras descorteses y vociferantes. Salta a la vista, sin embargo, la trampa, de la mano de otro circuito cerrado que invita a concluir que el universo se cierra en torno a media docena de personas que responden siempre a dos posibles condiciones: la de los representantes de los partidos de turno y la de los periodistas, con frecuencia alineados con alguno de los partidos mencionados. Pareciera como si, de nuevo, no hubiese vida lejos de partidos y medios.

Voy a por el tercer, y último, ejemplo: el que ofrecen, en los momentos en que escribo estas líneas, las disputas relativas a

lo que debe hacer Podemos en relación con la previsible investidura de Susana Díaz en Andalucía. Sobre el papel hay, una vez más, dos opiniones claramente enfrentadas. La primera entiende que el nuevo partido no debe imponer condición previa alguna para propiciar esa investidura. La segunda –la de los sectores aparentemente más aguerridos e izquierdistas de Podemos- considera que al respecto hay que plantear, en cambio, tres exigencias: la dimisión, o la destitución, de dos políticos bien conocidos, la negativa de la Junta a trabajar con bancos que practican desahucios y, en fin, el designio de reducir el número de altos cargos. Cuando, de nuevo, el mundo se nos presenta dividido en dos grandes posiciones, aparentemente irreconciliables, los aturdidos espectadores deben saber, claro, a quién tienen que apoyar -a los aguerridos e izquierdistas-, y ello por mucho que la propuesta de éstos poco o nada tenga –examínense sus términos- de radical y consecuente. Pareciera como si nuestra opción quedase colmada de la mano de lo que al cabo no sería, caso de prosperar, sino una victoria pírrica encaminada a demostrar que no nos vendemos fácilmente, esto es, que planteamos algún obstáculo en la operación de compraventa.

De los tres ejemplos mencionados creo que se deriva una conclusión: nos hallamos ante un mecanismo central en las estrategias de incomunicación del sistema, encaminado a generar una apariencia de debate franco allí donde, en los hechos, no hay –como ya he sugerido- sino una voluntad expresa de acallar, con razonable eficacia, las voces que no interesan. Es muy evidente, en particular, que a los ojos de los medios del sistema el mundo libertario –otorgo a este adjetivo un sentido muy amplio- no existe. ¿Imagina alguien un debate en Tele-5 con presencia de un miembro de un grupo de afinidad, de un sindicalista libertario, de un integrante de una cooperativa integral, de un okupa o de un activista de lo que queda del 15-M? ¿Imagina alguien, no ya la presencia simultánea de todas esas personas, sino, al menos, la de alguna de ellas en ‘Al rojo vivo’? La marginación consiguiente

–que no sólo afecta, bien es cierto, a los libertarios- obedece a una lógica inapelable por eficaz: la que obliga a ceñir todas las discusiones a lo que ocurre con el régimen –el bipartidismo, las elecciones, la corrupción, en su caso y, de vez en cuando, la monarquía- en abierta desatención con lo que sucede con el sistema –la explotación y la alienación, el capitalismo y su corrosión terminal, el colapso que se avecina-. Sabido es que, si en algún momento los libertarios se asoman a estas disputas es en su condición de presuntos responsables de una violencia irracional e irresponsable de la que dan cuenta de manera más que suficiente –para qué discutirlos- los comunicados policiales y las sentencias judiciales.

Durante bastantes años me ha parecido llamativo que Izquierda Unida se quejase del maltrato que recibía de los medios de incomunicación del sistema. Aclararé que no discuto en modo alguno que ese maltrato existiese. Lo que me resultaba significativo era lo que, al cabo, las quejas de Izquierda Unida retrataban: una dramática incapacidad en lo que se refiere a las habilidades de la coalición para presentarse a sí misma, sin intermediarios, en ciudades y pueblos. Mala cosa cuando uno depende en demasía del enemigo a efectos de hacer valer lo que es.

Ojo que el mundo libertario no está libre del riesgo que acabo de vincular con Izquierda Unida y sus carencias. Lo peor que podríamos hacer sería, sin embargo, lamentar la marginación con que, en el mejor de los casos, nos obsequian los corifeos mediáticos del sistema. Tiene, muy al contrario, la ventaja de obligarnos a trabajar en donde siempre debemos estar: en la base de nuestras sociedades. Nuestros abuelos y bisabuelos anarquistas y anarcosindicalistas emplearon con profusión un concepto, el de propaganda por el hecho, que, acaso porque alguno de sus significados era un tanto abstruso, fue cayendo, infelizmente, en desuso. ¿Qué es lo que -entiendo yo- querían decirnos? Nos estaban recordando que bien está organizar

actos, publicar revistas, editar libros y convocar manifestaciones y concentraciones, pero mucho más razonable y remunerador es, al tiempo, llevar a la práctica nuestras ideas, de la mano de la acción y de la democracia directas, en la realidad económica y social. O, lo que es lo mismo, demostrar fehacientemente que es cierto que llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones y que estamos dispuestos a sacarlo adelante en la vida común. No conozco mejor procedimiento para romper el pluralismo en circuito cerrado que nos acosa por todas partes.

Nos echan de la salud… pero no nos vamos. ¿Y tú?

Por Marea Granate

Una nueva generación de jóvenes nos vemos obligados a marchar del país debido a que las políticas del expolio no dejan un futuro para nosotros. En el extranjero descubrimos pronto lo que significa enfermar y perder el derecho a la asistencia sanitaria, estar excluida "porque España no paga", nos dicen en los mostradores. De vuelta a casa comprobamos que aquí ya no tenemos tarjeta sanitaria y que si necesitamos un tratamiento, o sencillamente ir al médico, nos espera una penosa carrera de obstáculos administrativos.

El sistema sanitario español ya no se basa en el derecho a la salud ni es el sistema sanitario público y universal que habíamos construido entre todos a lo largo de décadas. El

Decreto de Exclusión sanitaria aprobado por el Gobierno del PP hace tres años ha modificado radicalmente el modelo de sistema sanitario en España: ahora es un modelo de aseguramiento, donde unas personas son aseguradas y otras excluidas.

“Nos echan de la salud” nace con el objetivo de conocer, visibilizar y denunciar la exclusión sanitaria de las personas españolas emigrantes. Para ello, os proponemos tres formas de participar:

1. Registra tu experiencia de exclusión sanitaria en el Registro Estatal para la Denuncia de la Exclusión Sanitaria (REDES). Es un registro anónimo que nos permite contar con información estadística para denunciar la vulneración del derecho a la salud, y la herramienta que usaremos para comenzar a elaborar una guía práctica de información sobre el acceso a los sistemas sanitarios de los diferentes países a los que emigramos.

2. Graba un vídeo dirigido a nuestro Querido Ministro de sanidad, contándole una situación de exclusión sanitaria, tuya o de cualquier persona de tu alrededor, siguiendo estas sencillas instrucciones.

3. Escribe una carta que relate cómo eres afectada por la exclusión sanitaria y envíanosla a nosechandelasalud@mareagranate.org para que podamos subirla a la web de Yo Sí y visibilizar las situaciones que estamos viviendo

Todo este material lo utilizaremos para elaborar una guía práctica de información sobre el acceso a los sistemas sanitarios de los diferentes países a los que emigramos, para defender el derecho a la salud de todas las personas y facilitar el acceso a los servicios sanitarios cuando se requieran.

Así mismo invitamos a toda la ciudadanía y a los profesionales del sistema sanitario a que actúen, desde el lugar donde

estén, buscando apoyos en nuestros colectivos o en otros, para evitar desde su actividad diaria, que la exclusión sanitaria sea un hecho.

Todas las personas somos afectadas, y entre todas vamos a construir el sistema sanitario público, justo, equitativo y universal que queremos y al que tenemos derecho.

Orgullo gay, fiesta y homofobia

Ahora que, aprovechando el aniversario de los acontecimientos de Stonewall este 28 de junio, el Tribunal Supremo de Estados Unidos ha declarado legal el matrimonio entre personas del mismo sexo en todo el país, conviene advertir cómo la apariencia de este progreso social va unida, no a la normalización de una conducta, sino a la defensa y a la conservación del sistema de valores familiares propio de la sociedad de consumo tradicional, mal que le pese a los sectores cristianos integristas. La ampliación del concepto de familia es el resultado lógico de la necesidad de cubrir nuevos espacios de mercado no resueltos por parte del capitalismo. La moralidad solo es útil al sistema mientras mantiene a raya a sus posibles enemigos, y amplía sus límites cuando es necesaria la "socialización" de sectores antes marginados.

Un vistazo al excelente libro de Geoffroy Huard, "*Los Antisociales*", una historia de la homosexualidad en Francia y

España entre 1945 y 1975, nos enseña cómo tanto en dictaduras como en democracias, las legislaciones penales no sólo reprimían la expresión de la homosexualidad como escándalo público, sino que iban ligadas a una educación basada en la procreación como idea básica de una sexualidad heterosexual destinada a regenerar sociedades castigadas por el desastre demográfico de la guerra y necesitadas de una rápida reconstrucción. Había que evitar que el buen ciudadano heterosexual fuera "contagiado", y por tanto, se fomentaba la homofobia institucionalizada. Se hablaba del factor antisocial de aquellos elementos "frustrados" afectivamente e incapaces patológicamente de integrarse en el sistema. Por tanto, no solo había que "heterosexualizar" obligatoriamente al macho, sino también establecer claramente sus diferencias con respecto al sexo opuesto, con el objetivo de marcar bien los roles entre el hombre-padre y la mujer-madre, al tiempo que se inducía a la gente a pensar que un individuo "normal" debía vivir en un medio heterosexual homogéneo.

Según la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social de 1970, la homosexualidad se relacionaba con la vagancia y la delincuencia. Un médico forense examinaba al detenido y emitía un informe que avalaba las decisiones judiciales. Estos "expertos" consideraban la homosexualidad como un peligro para la sociedad, y los efectos perversos de sus dictámenes han venido reproduciendo un estado de alarma que se ha interiorizado en la mentalidad conservadora de varias generaciones. Tanto es así que en 2005, el catedrático de Psicopatología de la Universidad Complutense Aquilino Polaino Lorente, citado por el PP en la Comisión de Justicia del Senado para analizar las repercusiones de la ley que permitió el matrimonio entre personas del mismo sexo en España, aseguró que «*las personas con conducta homosexual*» padecen «*una psicopatología*«, consecuencia de haber sido educados por padres «*hostiles, alcohólicos, distantes*» y por madres «*sobreprotectoras*«, y rechazó la adopción por parte de las parejas del mismo sexo al considerar que ese entorno

condicionaría la orientación sexual del niño.

Según Polaino Lorente, la homosexualidad «*se suscita*» en los hijos adoptados por gays o lesbianas. Esta mentalidad conservadora, propia de la tradicional política de diferenciación obligatoria de sexos, chocaba ya en aquel momento con la necesidad del sistema económico de incluir al homosexual dentro de los marcos institucionales establecidos. Otra cosa bien distinta es querer habilitar espacios de libertad fuera de las instituciones (cosa, por cierto, que siempre ha existido). Lo que hace 20 años era revolucionario, ahora está integrado. La lucha ya no se orienta hacia la defensa de nuevos tipos de unidad familiar, sino a la libertad del individuo por decidir su propia orientación y conducta sexual sin categorizaciones, y por tanto hacia el combate contra la homofobia largamente incubada durante tantos años de represión.

Desde la hemeroteca dos noticias sobre la homofobia en el mundo procedentes de lugares bien diferentes: el asesinato de un activista gay en Uganda, y la censura de una foto en la que Elton John y su marido muestran a su bebé en la portada de una conocida revista norteamericana. Ahora que en nuestra bien desarrollada sociedad hemos acabado acostumbrándonos al viejo discurso etnocéntrico sobre la inferioridad de culturas ajenas a Occidente, aunque ya no se le llame así por ser «políticamente incorrecto», y a que la globalización lo engulla todo como una nueva forma de imperialismo cultural, nos parece casi lógico y natural que en las «salvajes» tierras de africanos o musulmanes se produzcan atroces violaciones de derechos humanos y el integrismo se desarrolle, produciendo efectos devastadores, desde el genocidio de Ruanda hasta las ejecuciones de adolescentes gays en Irán y lapidaciones de mujeres en Nigeria o Arabia Saudí. Por tanto una noticia más sobre el asesinato de un conocido activista homosexual en Uganda no debería sorprendernos más que las declaraciones homófobas de un Mugabe o las redadas antigays de Marruecos o

Egipto, del mismo modo que asociamos el fundamentalismo al islam o a otras religiones del Tercer Mundo, cuyas culturas, ya digo, como en los mejores tiempos del colonialismo, se nos antojan atrasadas y destinadas en justicia a ser «redimidas» por el progreso de nuestra civilización.

Pero he aquí que un viajero acostumbrado a vivir precisamente entre «salvajes», que hace ya tiempo que regresa a su cómodo mundo occidental con menos frecuencia, y que precisamente por ello es capaz de observar nuestro desarrollo como sociedad más objetivamente, se da cuenta de la creciente merma de libertades que vamos sufriendo durante los últimos años, con su consecuente aumento de prohibiciones y obsesiones con la seguridad y «protección» de derechos, creando un nuevo fundamentalismo cultural, silencioso, sin algaradas, que llega a formular, por ejemplo, la excusa de la «protección a la familia o a la infancia» para censurar una fotografía de Elton John y su pareja con su hijo en la portada de una revista.

Se puede decir que no son comparables los dos casos, el de Uganda con el de EEUU, por la atrocidad del primero y lo anecdótico del segundo, que ya hace tiempo que no se persigue a los homosexuales por aquí, y que si la historia de la revista ha llegado a ser noticia, es precisamente por el escándalo que ha producido, y que por ello se ha corregido inmediatamente. Pero aún admitiendo este argumento, no deja de ser cierta la fragilidad de la línea que separa la defensa de ese pretexto con su contrario. Desde hace tiempo hemos normalizado la presencia de cámaras de seguridad en todas partes, consideramos a los fumadores como apestados, caemos en las redes del consumo con una facilidad que pasma (aunque la crisis nos ha dado una buena bofetada), somos más moralistas que nunca (y por tanto más hipócritas), comemos telebasura hasta hartarnos, y todos seguimos las normas dictadas por los señores de la estética (obligándonos a seguir dietas y a estar constantemente en forma).

La inducción es claramente efectiva, y ha conseguido que la

mayoría de la población sea fiel a un sistema insaciable. A esto también le podemos llamar fundamentalismo: nuestro sistema de creencias es firme porque no prevé alternativas, aceptamos su funcionamiento, con todas las cargas e inconvenientes que conlleva, y, a diferencia de los musulmanes, que sí se han rebelado contra sus gobiernos, nosotros nunca nos atreveremos a decir una palabra en contra. Seguro que, a pesar de las protestas contra la actitud del establecimiento que censuró la portada de la revista con la foto de Elton, hubo muchos que pensaron que no estaba mal, que se estaba obrando con un razonamiento acorde al derecho a defender al más débil, partiendo de la base de que siempre se puede ser algo homófobo siempre que haya que salvaguardar un bien mayor; igual que se recortaron derechos fundamentales como la libertad de expresión, la privacidad de las comunicaciones, o la presunción de inocencia, cuando se convenció a la población de que su seguridad estaba en juego. Es tremendamente triste ver la facilidad de manipulación que existe. ¡Y nos sorprendemos de los extremistas suicidas cuando nosotros llevamos largo tiempo suicidándonos con una precisión lenta y calculada! Recuerdo un excelente cómic de Ralph König, en el que sobre la barra de un bar gay se producían dos conversaciones paralelas, o mejor dicho una conversación entre tres jóvenes que charlaban sobre lo aburridos que estaban de divertirse, y el monólogo de un viejo marica que pensaba en voz alta sobre cómo la homofobia cotidiana le había jodido la vida. No puedo dejar de escribir sus últimas frases:

«Hoy en día todos quieren ser jóvenes y guapos y bailar cada noche… ¡Todo menos pensar y tener inquietudes políticas, y mientras tanto los neonazis están preparando el terreno!

Algunos tendrían que haber experimentado lo que era antes… ¡Cuando de repente se abrían las puertas y aparecía la policía y te pedía los documentos! Uno no se sentía seguro ni siquiera en su propia casa, ya que los vecinos podían ver cómo traías

visitas masculinas. Por eso había que ir con mucho cuidado y sin hacer ruido, si no, te rescindían el contrato del piso. ¡Así de sencillo! ¡Entonces no había discotecas con zonas nudistas, ni drogas, ni aros en la nariz…! ¡Pero de aburrirnos no nos aburríamos!»

Pensamos que hemos vencido los prejuicios homofóbicos de nuestra sociedad porque ya tenemos ley de matrimonio gay, los guetos se han convertido en templos del consumo, las celebraciones del orgullo gay atraen a las mejores marcas, y las discos ofrecen macrofiestas cada fin de semana, cuando la verdad es que, ante nuestros ojos el mercado se ha convertido en la religión oficial, mucho más agresivo que el peor de los integrismos, con el que no se juega, y que un día nos alaga como clientes necesarios, y otro, en un hipotético futuro, nos puede volver a hundir en el ostracismo. La misma mentalidad que ha censurado la foto de portada, y que ha cedido ante el escándalo, no desaparecerá si no abandonamos la seguridad que hemos creído conseguir. Como dice Zygmunt Bauman:

«*Las libertades de los ciudadanos no son propiedades adquiridas para siempre; no se trata de pertenencias que se encuentran seguras en cuanto se guardan en cajas fuertes privadas. Están plantadas y arraigadas en el sustrato socio-político y éste ha de ser fertilizado a diario; si no reciben los cuidados debidos día tras día (en forma de acciones informadas a cargo de un público entendido y comprometido), acaban secándose y desintegrándose.*

El pasado tiende a ser despiadada y sistemáticamente destruido, lo que hace que la redención de las esperanzas sea sencillamente imposible desde el momento en que los individuos son reducidos a una mera secuencia de experiencias instantáneas que no dejan rastro o cuyo rastro, mejor dicho, es odiado por irracional, superfluo y «superado» en el sentido más literal de la palabra. Cuando los individuos han quedado así reducidos, es improbable que traten de hallar seguridad en la esperanza (es decir, en una causa que todavía no se ha

materializado en realidad)… Quienes no tienen un mínimo control sobre el presente no serán capaces de reunir el coraje necesario para controlar el futuro… El estado de precariedad reinante hace que el futuro en su conjunto resulte incierto y, por tanto, impide toda previsión racional, y anula ese mínimo de esperanza en el futuro que se necesita para rebelarse…

Desairado y frustrado a diario, el individuo halla un refugio para su narcisismo personal en el narcisismo colectivo: una promesa de seguridad que resulta inevitablemente engañosa en lo que a la salvación de esa individualidad gravemente herida respecta…

El mundo quiere que le engañen… No es que las personas se traguen el cuento, como se suele decir, es que desean que les engañen; sienten que sus vidas serían completamente insoportables si dejaran de aferrarse a satisfacciones que no lo son en absoluto.

En el relato que hizo Lion Feuchtwanger de las aventuras de Ulises, los navegantes transformados en cerdos por el hechizo maligno de Circe renunciaban a recuperar su forma humana cuando se les daba la oportunidad: cómodamente descargados de toda preocupación gracias a la comida que, aunque frugal, recibían regularmente y sin condición alguna, y gracias al refugio (mugriento y maloliente, pero gratuito) que les proporcionaba la pocilga, no estaban dispuestos a probar una alternativa que era más emocionante, sí, pero también más inestable y arriesgada.»

Nos echan de la salud

Por **Marea Granate y Yo Sí Sanidad Universal**

Una nueva generación de jóvenes nos vemos obligados a marchar del país debido a que las políticas del expolio no dejan un futuro para nosotros.

En el extranjero descubrimos pronto lo que significa enfermar y perder el derecho a la asistencia sanitaria, estar excluida "porque España no paga", nos dicen en los mostradores.

De vuelta a casa comprobamos que aquí ya no tenemos tarjeta sanitaria y que si necesitamos un tratamiento, o sencillamente ir al médico, nos espera una penosa carrera de obstáculos administrativos.

El sistema sanitario español ya no se basa en el derecho a la salud ni es el sistema sanitario público y universal que habíamos construido entre todos a lo largo de décadas. El Decreto de Exclusión sanitaria aprobado por el Gobierno del PP hace tres años ha modificado radicalmente el modelo de sistema sanitario en España: ahora es un modelo de aseguramiento, donde unas personas son aseguradas y otras excluidas.

A medida que avanza este cambio, cada vez más grupos de personas quedan expulsadas del sistema de salud. La lista crece: comenzó por las que dejaron sus casas para ganarse la vida en España y están en proceso de regularización administrativa, siguió por los padres y madres reagrupadas por unos hijos e hijas que llevan mucho tiempo, décadas, viviendo aquí. Cada día los requisitos administrativos complican el acceso al sistema a las personas mayores de 26 años que no hayan cotizado, a los parados de larga duración no inscritos… **Y ahora nos toca a nosotras, las personas que nos hemos visto obligadas a buscarnos la vida fuera de casa, fuera de España, quienes nos vemos excluidas del sistema de salud.**

Han cambiado el modelo sanitario y esto concierne a todos y todas, porque la salud es un bien común o no es; porque tu vecino, tu hija, tu madre o tu pareja ya no tiene acceso al

sistema sanitario; porque han decidido que tienes o no derecho a la salud en función de tu situación laboral, a la vez que no han dejado trabajo para nosotras; porque han decidido que lo que era público ahora es cosa de cada cual, que ya no es un asunto común. Así eran las cosas antes, en el país en que nacieron nuestros abuelos, donde te morías si no podías pagar el médico. No queremos ese país, y no queremos que nos roben el que hemos construido.

Yo Sí Sanidad Universal y la Marea Granate nos unimos para exigir la derogación del criminal Decreto de Exclusión Sanitaria (RDL 16/2102) y de las cláusulas que nos roban el derecho a acceder al sistema sanitario público.

La campaña "Nos echan de la salud" nace con el objetivo de conocer, visibilizar y denunciar la exclusión sanitaria de las personas españolas emigrantes, y para ello proponemos tres formas de participar: recogiendo las experiencias de exclusión en el Registro Estatal de Exclusión Sanitaria (REDES), grabando un vídeo dirigido a nuestro Querido Ministro de sanidad o escribiendo una carta que relate cómo eres afectada por la exclusión sanitaria y remitiéndola a nosechandelasalud@mareagranate.org

Todo este material lo utilizaremos para elaborar una guía práctica de información sobre el acceso a los sistemas sanitarios de los diferentes países a los que emigramos, para defender el derecho a la salud de todas las personas y facilitar el acceso a los servicios sanitarios cuando se requieran.

Así mismo invitamos a toda la ciudadanía y a los profesionales del sistema sanitario a que actúen, desde su lugar, buscando apoyos en nuestros colectivos o en otros, para evitar desde su actividad diaria, que la exclusión sanitaria sea un hecho.

Todas las personas somos afectadas, y entre todas vamos a construir el sistema sanitario público, justo, equitativo y

universal que queremos y al que tenemos derecho.

La ley Wert o como imponer el modelo neoliberal a través de la educación

“Todos los alumnos y alumnas tienen un sueño”. Luther King hubiera podido reconocer su mesiánicas palabras, ahora volcadas en el preámbulo de la LOMCE. Pero el significado liberador del mensaje original queda aquí vacío de contenido, al tratar de unir ese “sueño” con los conceptos más rancios del neoliberalismo: competitividad, espíritu emprendedor, ambición, empleabilidad, crecimiento económico … ¿de qué sueño se trata?

Junto a la afirmación de que su objetivo principal es conseguir la justicia social, y alcanzar una plena igualdad de oportunidades, cumpliendo con lo escrito en la constitución (“La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana en el respeto a los principios democráticos de convivencia y a los derechos y libertades fundamentales”, artículo 26/2), la ley vincula esta finalidad a la preparación de los alumnos, desde los inicios del proceso escolar, como trabajadores autónomos, inculcándoles el “espíritu de empresa”: “El nivel educativo de los ciudadanos determina su capacidad de competir con éxito en el ámbito del panorama internacional y de afrontar los desafíos que se planteen en el futuro”. Poco a poco se define ese sueño, pero

cada uno en su nivel. El dinero manda. “La calidad es un derecho constituyente del derecho a la educación”, pero cuando los recortes son brutales, las aulas están abarrotadas, las medidas de atención a la diversidad se suprimen, baja el número de becas, de ayudas para libros, comedor o transporte, no se cubren las bajas de profesores inferiores a dos semanas, o simplemente se reduce su número, todos los deseos de equidad entre la enseñanza pública y la concertada (recordemosque es privada, pagada con subvenciones públicas, es decir, con dinero de todos), y todas las grandes palabras sobre la admirable función social de la educación incluidas en la ley Wert, quedan en papel mojado

El informe que emitió Comisiones Obreras sobre la situación a comienzos de este curso era demoledor: Si los recursos destinados al sector educativo se han ido reduciendo paulatinamente desde 2010, “el Gobierno, en la propuesta que ha realizado al ECOFIN (órgano formado por los Ministros de Finanzas y Economía de la Unión Europea, que supervisa las políticas fiscales y presupuestarias de los países miembros), contempla reducir aún más el porcentaje del PIB dedicado a gasto público educativo. La inversión se recortaría 4.000 millones de euros más, pasando a situarse por debajo del 4% en 2015. Esto supondría volver a los niveles de inversión de 1987, un año en el que la población escolarizada y el nivel educativo tenían poco que ver con la actualidad. Este recorte, de una quinta parte de la cuantía de los fondos públicos, está siendo acompañado de un incremento similar en el gasto privado educativo, que del 0,8% del PIB se aproxima al 1%. Ambos porcentajes, el público por defecto y el privado por exceso, se alejan de la media de la UE e impiden ejercer el papel que, para alcanzarla debida igualdad de oportunidades, debe tener el derecho a la educación”.

Con este panorama, los alumnos que cursen sus estudios en la enseñanza pública verán mermadas sus posibilidades a acceder a esa “calidad” de la que la LOMCE habla, y serán las escuelas

de élite privadas las encargadas de formar a los grandes empresarios con los hijos de la oligarquía. La nueva FP básica (que sustituye a los antiguos PCPI) será el filtro hacia abajo del fracaso escolar. Los hijos de las familias con menos recursos que vayan por este camino, no podrán titular en la ESO, y acabarán en una vía muerta. A esto no se le puede calificar de otro modo que de darwinismo escolar, fomentando de hecho la injusticia social y las desigualdades. A esto es a lo que, supuestamente, debe referirse la ley cuando habla de "la flexibilización de las trayectorias de forma que los estudiantes puedan elegir las más adecuadas a sus capacidades y aspiraciones". De este modo el "sueño" se hace realidad para los ricos, y se convierte en pesadilla para los pobres.

pasar de página

La preocupación por el "espíritu de empresa" ha llevado al gobierno del PP ha dejar la enseñanza de la actividad emprendedora y empresarial en manos de la banca. El Banco de España y la Comisión Nacional del Mercado de Valores han diseñado un Plan de Educación donde han dado contenido a la materia sobre educación financiera que se impartirá en el primer ciclo de la ESO, asegurando que se necesita fomentar "la importancia de ahorrar para la jubilación", y empezar a inculcar a los adolescentes la responsabilidad de prever los riesgos que uno corre en la vida, "como la pérdida del empleo, o las enfermedades". Bajola idea de formar ciudadanos preparados frente a posibles fraudes, o capaces de defenderse frente al mercado, se esconde el propósito de crear condiciones para abrir nuevas vías de negocio privado en sanidad o educación. Se da la terrible paradoja de que la misma banca que se ha beneficiado fraudulentamente con las preferentes o las cláusulas suelo, es ahora la encargada de "formar" sobre cuestiones financieras a los estudiantes de la ESO. ¿No es inquietante?

Por otra parte, ara apoyar este "espíritu emprendedor", "la

Ley apoya decididamente el plurilingüismo, redoblando los esfuerzos para conseguir que los estudiantes se desenvuelvan con fluidez al menos en una primera lengua extranjera, cuyo nivel de comprensión oral y lectora y de expresión oral y escrita resulta decisivo para favorecer la empleabilidad y las ambiciones profesionales". Ha sido una prioridad para el gobierno del PP en la Comunidad de Madrid extender el "modelo bilingüe" en casi todas las escuelas e institutos de la región. Este experimento, del que Esperanza Aguirre decía sentirse orgullosa, según declaró el día en que anunció su dimisión y (falsa) retirada de la política activa, ha llevado a la creación de una doble vía para seguir los estudios de secundaria: El alumno puede integrarse en el programa bilingüe, en el que no solo hay más horas lectivas de inglés, sino también asignaturas como Historia, Biología o Educación Física, impartidas directamente en inglés, u optar por la tradicional enseñanza en castellano de esas materias. En principio es positivo desarrollar la competencia lingüística en otros idiomas, pero el precio que se está pagando por la aplicación de este modelo, claramente segregador, está siendo bastante alto: al efecto negativo en el nivel de los contenidos de las asignaturas aprendidas en inglés (todo lo que se enseña en un idioma que no se domina requiere preocuparse más por el intento de comprender esa lengua que por el contenido que se imparte), se une la concentración del fracaso escolar en los grupos no incluidos en el programa, generando guetos que pueden lastrar el proceso educativo para muchos alumnos.

La propaganda demagógica que se ha hecho con este proyecto ha logrado convertirlo en tan popular que muchas familias piensan que los beneficios del inglés impartido de esta forma, no perjudicará la marcha escolar de sus hijos. Es más, se ha convertido en un símbolo de prestigio, cuando la realidad es que nunca se ha realizado una evaluación seria sobre sus resultados. Posiblemente lleguen a tener un buen nivel de inglés, pero ¿el de los contenidos de las asignaturas

impartidas de esta forma?

Esta política de desarrollo del inglés a tales niveles se une al objetivo ya destacado de una enseñanza orientada hacia el mercado. Al imponer la separación entre grupos “bilingües” y “no bilingües”, la aplicación de la política de apoyo al plurilingüismo de la LOMCE, de esta forma, acaba con el modelo de escuela inclusiva, y utilizando el inglés como excusa, impone distinguir “a la americana” entre winners (ganadores) y loosers(perdedores). ¿Es así como se pretende mejorar la comprensión lectora y la expresión escrita en nuestra lengua materna, y superar los negativos informes PISA? ¿Es así como se pretende conseguir una plena “igualdad de oportunidades”? No hay que olvidar que aprender en la lengua materna es desarrollar una forma de pensar, de concebir el mundo, y no solo una mera forma de hablar o escribir. Quizás se busque precisamente la incapacidad para lograrlo, y así no conseguir jamás una completa liberación personal. Deberíamos reflexionar sobre ello cuidadosamente. Por ahora no aprecio ningún debate al respecto.